

La escritora, pensamiento y obra
Zoila Ugarte de Landívar
Tomo III

La escritora, pensamiento y obra. Tomo III

© Myriam Landívar Silvers • QUI-065285

Esta obra ha sido publicada gracias a la línea de apoyo entre la Sede Nacional de la Casa de la Cultura Ecuatoriana Benjamín Carrión y los 24 Núcleos Provinciales.

Marco Sánchez
DIRECTOR PROVINCIAL
CCE NÚCLEO EL ORO

Fernando Cerón Córdova
PRESIDENTE
CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA

David Larriva Regalado
DIRECTOR
PUBLICACIONES Y EDITORIAL
CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA

Paco Fernández de Soto
CONSEJO EDITORIAL

EDICIÓN Y CORRECCIÓN DE ESTILO
Cristina Morales

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN
Fernando Murgueitio

DISEÑO DE PORTADA
Fernando Murgueitio

Primera edición
CCE, Quito, 2024
ISBN: 978-9942-34-122-8

IMÁGENES INTERNAS
Archivo Myriam Landívar

IMAGEN DE PORTADA
Archivo Myriam Landívar

IMPRESIÓN
Dirección de Publicaciones y Editorial
Casa de la Cultura Ecuatoriana



Tel.: 07 293 0711
nucleoeloro@casadelacultura.gob.ec
Bolívar, entre Juan Montalvo
y 9 de Mayo, Machala
Quito-Ecuador, 2024



Casa de la Cultura Ecuatoriana
Benjamín Carrión
www.casadelacultura.gob.ec
Avs. 6 de Diciembre N16-224 y Patria

La escritora, pensamiento y obra
Zoila Ugarte de Landívar

Tomo III

Myriam Landívar Silvers (compiladora)

Presentación

Admirada por críticos de la patria y de América y considerada por un entera-
do y exigente crítico de la literatura ecuatoriana la mejor escritora de un
largo período que comprende los años finales del siglo XIX y las primeras décadas
del XX, la gran mayor parte de sus escritos no han rebasado las páginas de los
periódicos y revistas del tiempo.

Siendo tan ingente su producción ha sido publicada en dos tomos, publicados por
la Matriz, que recoge artículos periodísticos de la autora. En particular sus artículos
de página editorial del matutino quiteño *La Prensa*, que aparecían con el título
general de «Plumadas». Escritos diariamente desde el 8 de junio de 1910 hasta el
14 de noviembre de 1911, constituyen importante y vivo testimonio del acontecer
político, social y cultural de esos tenso meses. «Plumadas» en Quito y las «Charlas»
que con seudónimo de Ernesto Mora escribía en *El Guante* de Guayaquil Manuel J.
Calle son las páginas periodísticas más brillantes del tiempo.

Este tercer tomo con otros textos de la gran prosista es publicado por la ges-
tión del Núcleo Provincial de El Oro de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, como
justísimo homenaje a la ilustre orense, que nació en Machala. Se recogen en él la
crítica literaria, escritos sobre arte, estudios históricos y algunos de sus discursos,
que fueron especialmente celebrados en el tiempo.

Lo que ha dicho el distinguido prologuista de este volumen debe extenderse a
toda la obra: viene a pagar la deuda que tenía contraída la patria con Zoila Ugarte
de Landívar.



Imágenes 1 y 2. Diploma y medalla entregados a Zoila Ugarte de Landívar por parte del Núcleo El Oro de la CCE, en 1961.
Archivo: Myriam Landívar.

Agradecimientos

Bibliotecas:

Hemeroteca de la Biblioteca Nacional Eugenio Espejo
Fondo Jacinto Jijón y Caamaño del Banco Central del Ecuador,
hoy Ministerio de Cultura y Patrimonio
Hemeroteca de la Biblioteca Aurelio Espinosa Pólit
Biblioteca Archivo Histórico del Guayas
Biblioteca Municipal de Guayaquil
Biblioteca Municipal de Cuenca
Biblioteca CCE Núcleo Provincial del Azuay
Archivo Particular Familia Landívar

Prólogo

Zoila Ugarte de Landívar y el libro que paga la deuda

Hernán Rodríguez Castelo

Se preguntaba Ortega y Gasset, a propósito de las *Lecturas españolas* de Azorín, «¿qué es un libro?», y se respondía: «lo que un hombre hace cuando tiene un estilo y ve un problema. Sin lo uno y sin lo otro no hay libro. Exento de estilo, un libro es un borrador. Exento de problema, papel impreso. El problema es la víscera cordial del libro».¹

Y este volumen de escritos de Zoila Ugarte de Landívar que ahora ve la luz, según esa original y aguda visión de la naturaleza del libro, es un libro. Porque hay estilo: el inconfundible estilo de Zoila Ugarte, y hay problema. Cada página está tensa de problema. Por eso, por encima de la fugaz circunstancia a que respondió hace como un siglo, vive. Y, porque vive, interesa.

Lo curioso es que, si seguimos con esa definición de libro, la machaleña lo tenía, aunque nunca sus escritos hubiesen cobrado la fijeza volumétrica del impreso englobante y perpetuador. Pero eran «libro» solo para aquellos a quienes su seducción por antiguos dramas y epopeyas de la patria les llevaban a hurgar en las huellas impresas de pasados ilustres. ¡Y vaya si el de Zoila Ugarte de Landívar lo era!

¹ Obras completas, I, 241.

Los escritos de Zoila Ugarte le granjearon en sus días alta fama. Fama decían viejos escolásticos es *clara cum laude noticia*: noticia clara con alabanza o memoria gloriosa. Y la de Zoila se impuso y trascendió sus días. Llegó a ser un lugar común en cosas de historia literaria tener a Zoila Ugarte como las mayores prosistas —si no la mayor— de finales del siglo XIX y primer tramo del XX.

Pero era fama sin escritos. Era pura «noticia». Y al ser esa noticia tan «clara» y digna de «laude», la literatura y la historia de la patria estaban en deuda con la escritora. Deuda que solo podía pagarse con el libro.

LA ESCRITORA POLÍTICA Y SU «EXCELSIOR»

Zoila Ugarte de Landívar mantuvo columna diaria en *La Prensa* de Quito en la primera década del siglo XX y comienzos de la segunda. Se titulaba «Plumadas». Y fue un caso ejemplar de diarismo político. Estos artículos aspiraban a despertar o, si ya despierto, a animar con un fervor político. Que ella lo veía como una conciencia cada vez más alerta de la responsabilidad y los correspondientes poderes de las gentes del común para atisbar los recovecos del poder y exigir rendición de cuentas.

Esto a un poder cada vez más alejado del pueblo pensante le resultaba al comienzo incómodo, y, conforme la crítica ajustaba las tuercas y arrojaba chorroz de luz sobre turbios rincones, insolente y acaso insoportable. Y, exacerbada esa incomodidad que había dado en cólera y furia, ese poder, descompuesto, inescrupuloso, prepotente, se lanzaba a acosar a periodistas y hasta a agredir física y materialmente, el gran instrumento de esas críticas y cuestionamientos, la imprenta.

La imprenta de *La Prensa*, de donde salía ayer a la luz de la verdad iluminando los recónditos gabinetes donde en retortas diabólicas se fraguaba la ruina del país, yace destrozada, muda.

Los cilindros de bruñido acero ruedan entre el polvo del arroyo, el volante hecho pedazos está al pie de la máquina, que negra, inerte, mutilada, semeja algún raro monstruo de las edades prehistóricas, vencido en lucha formidable y desigual.

Los tiranos no quieren que se divulguen sus hechos ni se ponga traba a sus abusos.

Quien lo escribía era una mujer. Una mujer que escribía como prosista grande y como política fuerte, indoblegable.

Tuve la suerte de tratar a esa mujer desde escolar. Y al pequeño alumno de la Escuela Espejo le contó que su periódico *La Prensa* fue empastelado por los macheteros alfaristas —fueron sus palabras—. Por las ventanas de ese edificio esquinero, frontero a la iglesia de San Agustín, se tiraban a la calle cajetines de tipos, útiles de escribir, y cuanto la furia ciega de los sayones creía debía destruirse para acabar con ese periódico que día a día hacía al Gobierno preguntas tan exactas y razonadas, tan investigadas, como incómodas. A ese preguntar aludía «Plumadas». Lo decía con imágenes fuertes: ese preguntar era «recónditos gabinetes» y «retortas diabólicas», donde «se fraguaba la ruina del país».

Y la gran prosista, que ni en circunstancias tan extremas, tan faltas hasta de las más elemental holgura y medios, se volcaba a la inmediatez de la denuncia cruda, hacía hermosa pintura, con belleza fuerte, de la maquinaria destrozada, con nueva imagen de que su vasta cultura proveía a la escritora. Para rematar con la sentencia grave simplicidad y gran poder de suma: los tiranos no quieren que se divulguen sus hechos ni que se ponga traba a sus abusos.

Pero la imprenta de *La Prensa*, herida, destrozada, no está vencida. La complacencia de Zoila por esa victoria sobre la barbarie, su orgullo de gente de imprenta, se dice con viva pintura sinestésica —lo plástico fundido con lo auditivo— de esa maquinaria en plena actividad; en indoblegable navegación apenas detenida, «al paio»:

La imprenta de *La Prensa* erguida está y gallarda. Como goleta al paio levanta su obra muerta donde se erigirá al tope el pabellón de la idea.

Gira el volante, fuerza motriz del movimiento de ese cuerpo vivo y complicado; rechinan los piñones, cruje el engranaje, rotan los cilindros y un susurro de enjambre difúndese alegre por los ámbitos de los talleres ayer silenciosos y en completo desorden.

¡Aleluya! En fecha gloriosa, en efemérides grande como la de su nacimiento, resurge *La Prensa*, en su formato antiguo, cual princesa que arrojada de su trono vuelve a él, ataviada de rico brial y de su manto de emperatriz.

El relacionar el «¡Aleluya!» de su resurrección con la fecha histórica —24 de mayo— nada tenía de lugar común ni relleno estilístico: quien se adentre por los dos gruesos volúmenes de estos escritos de Zoila Ugarte dará muchas veces con efemérides históricas apasionadamente vividas, fastuosamente reconstruidas y exaltadas como hitos de la personalidad de una patria.

Ha resurgido *La Prensa*. ¿Quién ha obrado el prodigio?

El pueblo. El noble pueblo de Quito. El generoso Pueblo ecuatoriano —la mayúscula es de la periodista—.

La escritora sale al paso de la burda versión oficial, no con fría argumentación, sino con ufanía y tono de himno:

La barreta de un pobre ignorante instrumento inconsciente de los perversos, rompió las máquinas donde se imprime el pensamiento: el Pueblo, el noble Pueblo, reparó el destrozo causado por la

estultez y la brutalidad; acopió presuroso nuevas armas: los tipos, comprándolos, recogéndolos de la calle.

Gracias a su munificencia se fundieron, se fabricaron nuevas piezas y resucitó la imprenta de *La Prensa* para cantar nuevos himnos de rebeldía generosa, de redención no lejana.

¡Aleluya Pueblo!

Rediviva surge de las, coronada de espinas, pero radiante como el paladín que abribillado de heridas no pudo ser vencido en la pelea.

Sin más armas que la pluma permanece en el reducto.

¡Resurrexit! ¡Aleluya!

La imagen de *La Prensa* cual princesa y el caballero que lidia en justa por ella y, herido, vuelve al coso, nos sitúa en una hora en que soplaban vientos modernistas, y la escritora tan en sintonía con la cultura del tiempo, se muestra sensible a esos aires. Pero no se enreda en preciosismos: sus imágenes y su retórica están tensas de un brío que los desborda. La actualidad combativa en que estaba inmersa la periodista no sufría de ensimismamientos.

La periodista, sin ceder del vibrante y exaltado tono de su artículo, propio de la extraordinaria circunstancia, informa.

Nuevamente, al iniciar la última parte del artículo, exalta la generosidad del pueblo que ha hecho posible el renacer de *La Prensa*:

Y eres tú pueblo, que la resucitas con el óbolo sagrado de tu patriotismo; tú le diste nueva vida a esa máquina que no es un artefacto, que ahora más que nunca palpita y vive con tu propia sangre, con tu propio corazón: con la del niño, con la de la mujer ecuatoriana, con la del rico espléndido, con la del pobre generoso que ofreció todos los centavos que tenía.

Y, sin perder empaque, en párrafo largo de briosa estructuración retórica con la palabra «gratitud» como nervio, nos ofrece cuadro de rica información que hizo conocer —y nos hace conocer a noso-

tros a la distancia— la reacción popular y de los medios de comunicación frente al atentado sufrido por *La Prensa*:

Los redactores de *La Prensa* guardamos inmensa gratitud para vosotros hijos de la Nación ecuatoriana; gratitud para *El Ecuatoriano*, que le dio asilo a nuestro periódico a trueque de que se extremaran con él las iras de nuestros enemigos, dejando en los anales de la historia un bello ejemplo de solidaridad periodística, no registrado hasta ahora en ellos, de que un diario conservador hospede en su imprenta a un diario netamente liberal, a quien la tiranía arroja a la calle para matarle, para hacerle enmudecer, para librarse de su sanción tesonera, que le acusa y no deja repartir en paz los bienes de la Nación. Y hay en nuestros pechos gratitud para toda la prensa independiente del país que ha vuelto por nuestros fueros, fustigando con restallar terrible a los que, prevalidos de la fuerza bruta, los hollaron, y hay inmensa para todo el Pueblo, cuya alma colectiva se irguió ante el salvaje atropello, protestando del hecho en calles y plazas, en voz alta, sin miedo a los sablazos, sin temor a los cascos de los bridones con que trataban de atropellarlos; para ese pueblo que hasta horas avanzadas de la noche recorría las calles de la urbe, custodiando nuestros talleres, custodiando nuestras vidas; las tenemos para los artesanos que en un arranque de noble generosidad nos ofrecieron sus servicios para reparar nuestros talleres y oficinas, la tenemos muy grande para nuestro personal de tipógrafos que con el Regente de la imprenta a la cabeza, no nos abandonaron en la hora de la prueba. Ni los niños, ni los adolescentes, ni mucho menos los hombres, desampararon su puesto de soldados de la idea.

Hermosa, vibrante página de la historia del periodismo nacional, que, al tener la suerte de haber contado con tal cronista, perdería, y ahora, nutriendo la larga suma de textos de la gran escritora, vuelve a cobrar vida. Y actualidad, en una hora en que la libertad de prensa clama en el país por parecidas páginas de altivez y valentía, de resistencia solidaria.

POR LA LIBERTAD DE PRENSA

Este volumen permitirá al lector acompañar a Zoila Ugarte de Landívar en su trayectoria de periodista de opinión, ya larga para ese 1911. Y en plena lucha, especialmente ejemplar por tratar de una mujer, en esa hora gris en que machistas de todos los colores re-fundían a las mujeres en los inocuos quehaceres domésticos ¡Qué mujer! Ni la vencían «las lacerías de la ruindad cobarde de mis destructores», que dijera en un artículo, ni la silenciaban las más groseras amenazas. ¡Si se había llegado a fusilarla en efígie! De tal desate de furia rayano en el grotesco nos dejó noticia Manuel J. Calle en la primera de sus «Charlas» del guayaquileño *El Guante*:

¡Parece mentira que la disciplina y organización del partido liberal dependan de su derrota! Y no queremos derrotarnos: vale más seguir peleándonos, mientras don Eloy Alfaro viva y puedan los alfaristas de Riobamba fusilarle en efígie a mi buena, a mi admirable Zoila Ugarte.²

Pero hay algo más que hace de estas páginas de altivo y lúcido periodismo algo único en el país, y acaso en la América hispana: Zoila Ugarte estaba al frente de *La Prensa*, ella en heroica soledad sostenía el combativo diario. En su «Plumadas» del 2 de diciembre de 1910 lo denunciaba ante el pueblo:

La Prensa está encomendada a mis débiles fuerzas; ya lo sabéis ecuatorianos nobles, ecuatorianos dignos, ecuatorianos patriotas.

Vosotros que sois vigor, ilustración y talento salvadla ayudándome a sostenerla, para que ella a su vez pueda defender a la Na-

² Ernesto Mora (Manuel J. Calle), *Charlas*, Quito, Fundición de material tipográfico de *El Día*, 1929. Charla primera. Sin numeración de páginas.